

Sumario

El Documento de Participación que el CELAM ha preparado con miras a la V Conferencia General- VCG, es un documento abierto que invita a todos a participar, enviando sus sugerencias y propuestas. El autor, teólogo reconocido, presenta una serie de desafíos, siguiendo los tres elementos fundamentales del tema de la VCG: a) “Discípulos misioneros”; b) “para que nuestros pueblos”; c) “tengan vida en Cristo”. Propone, entre otras cosas descubrir que la propia identidad y espiritualidad sólo se entienden y se plenifican en el cumplimiento de una misión comunitaria; mostrar, con un lenguaje atractivo y adaptado, cómo el Evangelio responde mejor que otras propuestas a lo más profundo de las aspiraciones de los pueblos; y cómo la amistad con Jesucristo promueve nuestra realización integral como personas y como comunidades.

Propuestas para que la V Conferencia marque el inicio de una nueva etapa evangelizadora

Víctor Manuel Fernández

Doctor en Teología

*Vicedecano de la Facultad de Teología
de la Universidad Católica Argentina*

Escribo movido por una honda preocupación ante el horizonte que se nos presenta en América Latina, prometedor y amenazante al mismo tiempo. Por eso propongo algunos desafíos que se nos plantean siguiendo las tres partes del tema propuesto para la V Conferencia, porque este acontecimiento eclesial será significativo, profético, movilizador, sólo si logra responder de modo atractivo a los nuevos desafíos históricos.

1. “DISCÍPULOS MISIONEROS”

En primer lugar nos planteamos los desafíos desde los sujetos, pero no sólo desde los destinatarios sino también desde los *agentes*, porque redescubrimos que la nueva evangelización no será posible con cualquier tipo de agentes. Es decir, no nos preguntamos sólo por los retos que el mundo plantea a la misión de la Iglesia, sino también por los retos que plantean estos agentes pastorales de hoy.

a) Integrar orgánicamente discipulado y misión

Ante todo diría que, frente a la crisis generalizada de identidad, convendría lograr una íntima unión entre discipulado y misión. En lugar de hablar en primer lugar de los discípulos, para luego presentarlos como misioneros, el desafío consiste en unir mejor las dos cosas para evitar que la estructura misma del planteo nos juegue una mala pasada. Habría que recoger aquella teología de la misión para la cual la misión no es algo sobreañadido a la identidad personal, sino que cada persona “es” una misión. Su ser más íntimo está marcado y configurado en orden a una misión en el mundo.

Habría que evitar la impresión de que hay tres llamados: a la vida, al discipulado y luego a la misión. Hay un *único llamado* del Dios

amante que al mismo tiempo que me constituye en *esta* persona singular me otorga una misión singular. No es una misión que “tengo” sino que “soy”, porque “Dios, al *llamarnos* a cada uno, en *un mismo acto* nos entrega nuestro nombre y nuestra misión en la vida”¹ Como consecuencia, “cuanto mayor sea la identificación de cada uno *con la misión* encomendada por Dios, más rica será su identidad y más definida y plena aparecerá su personalidad”². No hay que olvidar que “el seguimiento de Cristo tiene una forma propia, intransferible y personal para cada hombre y por eso el Espíritu Santo se ocupa de distribuir a cada uno su misión”³.

El desafío de mostrar y hacer gustar la íntima unidad que hay entre identidad personal, discipulado y misión no se terminará de acoger si no se procura que desde el comienzo, en el mismo modo de presentar los temas y en la estructura de la propuesta, estén las dos cosas claramente entrelazadas.

El Documento de Participación [DPa], en el capítulo sobre los discípulos y misioneros (III), dedica 41 puntos al discipulado, con la clara intención de motivar un apasionado seguimiento de Cristo. Pero sólo 7 puntos finales se consagran a la orientación misionera de ese discipulado. En esos 7 puntos indica únicamente algunas características del misionero, pero sin mostrar los fundamentos, razones y motivaciones que movilizan imperiosamente a la misión. Tratándose de un texto destinado a convocar la participación, esta estructura puede ser adecuada. Pero habría que evitar que en la propuesta de la V Conferencia se conservara este modo de presentar la cuestión. El llamado misionero debería ser omnipresente, estructurando desde el comienzo la identidad del discípulo, para que el atractivo de un encuentro personal con Jesucristo sea presentado de entrada como orientado ineludiblemente a la misión. El DPa subsana esta debilidad más adelante, cuando, al destacar la voluntad de “extraer de la riqueza de nuestra fe todas las potencialidades para tener *una vida más feliz y plena*”, la propuesta inmediatamente se vuelve donativa y evangelizadora; por

¹ E. TERRASA, *El viaje hacia la propia identidad*, Pamplona, 2005, 72.

² *Ibid.*, 73.

³ H. U. VON BALTHASAR, “Persönlichkeit und Form”, en *Gloria Dei* 7/1 (1952) 12.

eso continúa: “para *comunicar* la buena noticia que da sentido a nuestra vida, y para *transformar* el mundo” (Dpa 38).

b) Lograr que el sujeto (agente) sea fervorosamente comunitario

Las dificultades que tenemos que enfrentar hoy superan completamente a sujetos aislados. No es realista pretender responder a los retos de hoy sin proyectos que realicen una comunión evangelizadora. Los agentes pastorales son discípulos en comunión, misioneros como sujeto comunitario. Aquí cabría retomar un acento fuerte e insistente en la actual crisis de los vínculos eclesiales, sociales, familiares, y la propuesta de sanarlos y fortalecerlos a partir del modelo y la fuente trinitaria. También la propuesta de una comunión no sólo espiritual sino pastoral, expresada en una pastoral orgánica diocesana.

c) Plantear adecuadamente el sentido de la convocatoria misionera

Parece que la V Conferencia quiere ser una fuerte y atractiva motivación a la misión, que se concrete luego en una gran misión como inicio de un proceso permanente. Para ello el desafío consiste en motivar la conciencia de que todos estamos llamados a ser *misioneros*. Si los agentes pastorales nos encerramos en un grupo o en una parroquia y nos dedicamos sólo a las personas que ya conocen y buscan a Jesús, entonces fácilmente nos convertimos en “administradores parroquiales” y anulamos nuestro deber misionero. La encíclica *Redemptoris Missio* explica que esta tarea no exige irse a lugares lejanos, sino que puede realizarse en algunas partes de nuestras ciudades o en algunos sectores de la sociedad poco evangelizados, como los medios de comunicación, los ambientes científicos y otros sectores donde la fe suele estar ausente (ver RMi 37). Es la tarea misionera que puede concretarse visitando hogares, pero también en cualquier ocasión. Habría que evitar, por ejemplo, convocar a un político a llevar la Virgen a los hogares en lugar de exhortarlo a realizar una labor misionera en su propio ambiente. Por otra parte, todo cristiano es misionero en cuanto debe ser necesariamente evangelizador, procurando que los que ya creen *crezcan* en el encuentro con Jesucristo, se comprometan como fermento en el mundo y se integren cordialmente en la Iglesia.

d) Difundir una espiritualidad evangelizadora desde sus raíces

Teniendo en cuenta las actuales búsquedas de Dios, se trata de entusiasmar a los cristianos con una forma de orar como misioneros, *en la misión, en orden a ella y a partir de ella*. Conviene evitar nuevos dualismos, entre identidad y misión, espiritualidad y misión. Antes se procuraba unir mejor doctrina y vida, fe y vida, pero hoy es eso y algo más: se trata de unir espiritualidad y misión. Para ello hace falta una propuesta que remarque la identidad y espiritualidad de los agentes pastorales. Es verdad que a veces falta una sólida y profunda espiritualidad, y así la actividad apostólica se vuelve vacía, ansiosa y superficial, porque la vida es también y, ante todo, relación personal con Cristo. Pero, otras veces, hay una espiritualidad de consuelo e intimidad que no promueve el fervor evangelizador, sino seres muy cuidadosos de sus espacios de autonomía, cómodos, quejosos, problematizados, que regatean constantemente su tiempo y su entrega apostólica. Entonces hay que mostrar que el apostolado es vida, camino de realización personal y de felicidad y que, vivido de determinadas maneras es profundamente espiritual y camino de santificación. No se trata sólo de estar “enamorado” de Jesucristo, sino también enamorado de la misión que nos confía, de su llamado a evangelizar, de la gente que Cristo ama infinitamente y a la cual nos envía. Si se quiere promover una ardiente actividad misionera en toda América Latina, tenemos el desafío de mostrar que la “vida” y la plenitud para el agente pastoral pasan necesariamente por comunicar, junto con los demás agentes pastorales, la vida de Cristo a nuestros pueblos. Eso es vida, felicidad y santificación para los discípulos.

e) Recuperar la parresía con un nuevo estilo

Conviene también precisar cuáles son las actitudes adecuadas de un evangelizador. Considerando que predomina cierta falta de fervor y de arrojo, o que los pocos más valientes suelen aparecer como autoritarios, se vuelve imperiosa una síntesis adecuada que conjugue dos cosas: 1) por una parte, la acogida amable, la cercanía, el respeto a los demás, reconociendo que la fe no se impone sino que se propone; se trata de una actitud de diálogo capaz de partir de los valores y de la riqueza de los demás, una capacidad de presentar una propuesta bella

y atractiva, como quien sirve un banquete y no como quien ostenta una doctrina; 2) por otra parte, una firme conciencia del valor, la necesidad y la riqueza de la propuesta evangélica, sin complejos de inferioridad ni temores desgastantes. Hacen falta agentes pastorales enamorados de su misión y plenamente identificados con ella. Profetas seguros y firmemente arraigados en sus convicciones, capaces de cuestionar; bien concientes de que tienen un tesoro para ofrecer, que es lo que el corazón humano necesita y concientes de que el mundo no tiene nada mejor que brindar. Si la autocrítica debilita esta convicción y produce complejos de inferioridad que paralizan es porque está mal planteada.

f) La formación integral de los agentes en orden a la misión

En este marco se sitúa el desafío de articular la formación inicial y permanente de los presbíteros y la formación y animación de los agentes pastorales, de manera que integre mejor la espiritualidad y la pastoral en orden a una misión decidida y fervorosa. Con agentes pastorales informados, pero cansados, desalentados, hedonistas, avergonzados o acomplejados no hay posibilidades de una nueva evangelización para que nuestros pueblos tengan vida. Tampoco con agentes pastorales que sepan doctrina pero no tengan los recursos básicos, la preparación pastoral elemental que les permita ser mínimamente competentes en las tareas.

g) La participación de los laicos en la configuración de un nuevo perfil eclesial

Ya se ha hablado mucho sobre la necesidad de otorgar mayor participación a los laicos, no sólo en la ejecución de acciones pastorales, sino también en su planificación y particularmente en los ámbitos de decisión. Si hoy toda la Iglesia en América Latina quiere situarse en estado de misión, y si en esa misión quiere de verdad llegar a todos allí donde se encuentran, eso supone reconocer con realismo que los sujetos activos capaces de realizar semejante tarea no son los sacerdotes o los consagrados, que constituyen un ínfimo porcentaje. La convocatoria deberá ser amplísima. Pero dicha convocatoria otorgará a los agentes misioneros el derecho a opinar: ¿a qué Iglesia queremos incorporar a los

nuevos evangelizados?, ¿qué exigencias se plantean a la Iglesia desde la actividad misionera de los laicos, insertos en el corazón del mundo?, etc. Los misioneros ya no podrán ser meros transmisores de mensajes decididos por otros, ni meros ejecutores de proyectos elaborados por otros. Sólo podrán apasionarse y dar la vida si verdaderamente son parte activa y creativa en un proyecto que sea también de ellos. Esto exigirá necesariamente un cambio de mentalidad en los obispos, párrocos y autoridades de diversas instituciones eclesiales. Hace tiempo advertimos la necesidad de este cambio. En Santo Domingo se denunció “la persistencia de cierta mentalidad clerical en numerosos agentes de pastoral, clérigos e incluso laicos” (SD 96). Pero quince años después seguimos en cierta parálisis general. Hay una inercia difícil de romper, y hasta hubo pasos atrás en algunos lugares. Los desafíos son cada vez más grandes, y las interpelaciones siempre más acuciantes, pero los estilos y las estructuras eclesiales no tienen reacciones adecuadas. Esto hace que no se termine de dar forma al nuevo rostro de una Iglesia profundamente inserta en el mundo como fermento de vida nueva.

*** Sintetizo los grandes desafíos que se nos plantean desde el punto de vista de los agentes de la siguiente manera: *Contrarrestar la apatía y la falta de compromiso misionero, avivando el fervor evangelizador de los agentes pastorales a través de una formación que haga descubrir que “la propia identidad y la propia espiritualidad sólo se entienden y se plenifican en el cumplimiento de una misión comunitaria”.*

2. “PARA QUE NUESTROS PUEBLOS”

Un segundo grupo de desafíos puede considerarse a partir de la segunda parte del tema. Nos ubicamos así en la perspectiva de los destinatarios de la labor misionera.

a) **Hacia la integración latinoamericana**

El destinatario también es comunitario, porque son los pueblos. La V Conferencia nos invita a ampliar la mirada y a abrir el corazón para hacer crecer nuestro sentido de pertenencia a América Latina. En esta línea, el plural “pueblos” nos presenta el desafío de construir, des-

de la fe común, una mayor integración latinoamericana, teniendo en cuenta que hoy los países aislados están imposibilitados de lograr las regulaciones adecuadas para que todos puedan acceder a los beneficios de la globalización. La Iglesia, maestra de intercambios, puede prestar un gran servicio en esta línea, favoreciendo la integración *cultural* entre nuestros pueblos y contrarrestando un “culto de lo global como *unidad en la identidad*, que propicia un universalismo reductor, integra por exclusión, absorción o violencia, y nivela confundiendo unidad con uniformidad”⁴.

b) Evangelizar la cultura latinoamericana en diálogo

Por otra parte, se recoge aquí la conciencia de que la evangelización de individuos aislados no garantiza la continuidad y el arraigo de la fe cristiana. El desafío está en evangelizar de tal manera que la acción de los agentes pastorales provoque esa impregnación cristiana de la cultura, que influye directamente en las personas, así como la primera evangelización hizo nacer una cultura católica que se transmitió eficazmente por siglos. La pregunta es: ¿Cómo podemos hoy misionar de tal manera que el Evangelio pueda impregnar la cultura donde crecen nuestros niños y jóvenes? O ¿cómo evangelizar de manera que la espiritualidad evangélica brote y crezca desde el corazón mismo de esa cultura?.

La necesidad de que el Evangelio penetre las culturas, y no sólo los individuos aislados, se hace evidente cuando tenemos en cuenta que *toda* la realidad “está llamada a entrar en comunión con Dios y a participar de su vida”⁵. No habría razones para exceptuar de ello a las culturas⁶. Si, contra toda forma de docetismo, afirmamos que la Encar-

⁴ C. GALLI, “El intercambio entre la Iglesia y los pueblos en el Mercosur”, en VARIOS, Argentina: Alternativas frente a la globalización, Buenos Aires 1999, 176.

⁵ J. DORÉ, “Christianisme et culture”, en *Nouvelle Revue Théologique* 124/3 (2002), 366.

⁶ J. MARITAIN responde a la eventual excusa proveniente de los elementos aberrantes que pueden advertirse en algunas culturas, diciendo que “todas las culturas y civilizaciones de la tierra, por más formas aberrantes que puedan comportar, no se sostienen sino por el bien que encierran, y están preñadas de verdades humanas y divinas... La providencia ordinaria de Dios vela sobre todos los pueblos. Por esto es que la gracia puede mantenerlos a todos *en su tipo particular*, enderezando y elevando cada una de las culturas”: en *Religión y cultura*, Buenos Aires, 1940, 36.

nación concierne a toda la realidad humana, entonces podemos decir que la Encarnación del Verbo se realizó “para que toda *cultura* pudiera beneficiarse de la revelación de verdad y de vida hecha presente y cumplida en Jesús”⁷.

Sabemos que la transmisión de la fe cristiana en un lugar tiene escasas posibilidades de éxito, permanencia y desarrollo si llega sólo a algunos individuos y no a la cultura, ya que “una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida”⁸. Esto es así en definitiva porque “es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadero y plenamente humano si no es mediante la cultura” (GS 53), puesto que “lo más típico de un sujeto humano es que sea un sujeto de cultura”⁹ y “toda la actividad humana tiene lugar dentro de una cultura” (CA 51).

Porque la auténtica evangelización de la cultura “transforma y enriquece los subterráneos de las formas de pensar y decidir”¹⁰, siempre que en las formas de “decidir” se incluya todo el dinamismo del querer, tanto la voluntad como los afectos sensibles, todo lo que hace a las inclinaciones internas y a las tendencias espontáneas que se expresan en un determinado imaginario cultural¹¹.

c) La Iglesia en América latina como sujeto adulto

Los pueblos latinoamericanos, evangelizados e incorporados en la Iglesia, somos depositarios de una enorme riqueza que brota de la compenetración entre el Evangelio y la historia y las culturas de nuestros países. Para que esa variada riqueza pueda ser plenamente explotada, es necesario que seamos considerados como un sujeto adulto, capaz de configurar con libertad su propio rostro, su propio proyecto

⁷ J. DORÉ (cit), 366; cf C. GEFFRÉ, “La Parole de Dieu face aux religions et aux cultures”, en Th. P. OSBORNE - R. F. POSWICK, *Bible et culture*, Paris, 2001, 17-43.

⁸ JUAN PABLO II, Carta de constitución del Pontificio Consejo para la Cultura, 20/05/1982.

⁹ L. GERA, “Aspectos eclesiológicos”, en CELAM, *La liberación: diálogos en el CELAM*, Santafé de Bogotá, 1974, 389.

¹⁰ A. TORNOS CUBILLO, *Inculturación. Teología y método*, Madrid 2001, 306.

¹¹ Lo que P. RICOEUR llama el “núcleo ético-mítico” de las culturas: en *Histoire et vérité*, Paris, 1964, 286-300.

y su propio destino. Sin pretender un aislamiento cerrado y autosuficiente, no podremos terminar de ser nosotros mismos, ofreciendo nuestro aporte a la Iglesia universal, si las Conferencias episcopales y otras expresiones institucionales nacionales y regionales no tienen un espacio de mayor autonomía y creatividad. Pero no se trata sólo de esperar lo de la Curia romana, sino, como adultos, de proponer respetuosa, generosa e insistentemente caminos audaces que resulten de una reflexión en diálogo.

- *Aspectos positivos de la nueva cultura globalizada*

Por ser dinámico, este proceso no rechaza el progreso en sus aspectos positivos y nada tiene que ver con las pretensiones de volver al modo de vivir la fe propio de otras épocas: *“Porque la modernidad influye de modo irreversible en las sociedades de hoy, también en América Latina, no hay mucho futuro para los que propugnan una restauración, una vuelta a la Edad Media, o al barroco, o a una nueva cristiandad”*¹².

Sabemos que cuando los agentes pastorales reniegan de la cultura donde viven y rechazan que ese rostro cultural se integre en la Iglesia, se produce una nueva ruptura entre la Iglesia y el mundo. Esto vale también para la nueva cultura de la globalización, porque “hay que atender hacia dónde se dirige el movimiento general de la cultura más que a sus enclaves detenidos en el pasado; a las expresiones actualmente vigentes más que a las meramente folklóricas” (DP 398). Por eso –insistía Pablo VI– la Iglesia, “sumergida en la sociedad humana”, que “la precede, la condiciona y la alimenta”, y debido a esta ineludible necesidad de estar encarnada, “no será nunca antisocial, antiestatal, anticultural, e incluso diría, *antimoderna*. La Iglesia no será nunca extranjera allí donde echa sus raíces”¹³.

Decimos siempre que es necesario encontrar puntos de partida reconociendo lo que el Espíritu está sembrando en los destinatarios en medio de todas sus miserias. No dejan de ser “signos de los tiem-

¹² V. CODINA, *Creo en el Espíritu Santo*, Santander, 1994, 135; cf. P. MORANDÉ, *Cultura y modernización en América Latina*, Santiago de Chile, 1984.

¹³ PABLO VI, Audiencia general del 19/07/1967.

pos”, o, como les llamaba Juan Pablo II “signos de esperanza” (TMA 46) que es necesario “estimar y profundizar” (íbid). Por eso, ante todo consideremos brevemente lo que pueda haber de rescatable en algunas de las nuevas tendencias que se hacen presentes en esta cultura globalizada, algunas nuevas formas de desarrollo moral y espiritual que brinda el momento en que vivimos.

- 1) Un valor de esta época es una mayor y más generalizada *conciencia de los derechos humanos y de la propia dignidad*, lo cual no es decir poca cosa. Durante siglos muchas personas (empleadas domésticas, peones rurales, etc.) han soportado y tolerado situaciones indignas y han vivido como esclavos acatando los caprichos de sus patrones y sometiéndose servilmente a sus criterios. Algunos imponían todo y podían hacer lo que quisieran sólo por el hecho de tener poder económico, político o militar. Es bueno que hoy no sea tan fácil mantener ese autoritarismo sin límites. Es verdad que el rechazo de la prepotencia y de la injusticia de los poderosos, y la desconfianza ante las autoridades, suele degenerar en formas de individualismo, relativismo y prescindencia de las instituciones. Pero también es cierto que el ideal no es una suerte de restauración de lo anterior, sino una nueva síntesis que rescate el valor de la individuación librándolo de su degeneración en individualismo. Los obispos brasileños han procurado hacer esta adecuada distinción, que lleva a pensar en las necesidades de las personas y no sólo de la institución: “Hay una situación cultural de individualismo, que tiene aspectos positivos, en cuanto promueve la individualidad, que no debe confundirse con el egoísmo”¹⁴.
- 2) Por consiguiente, hoy *nadie puede imponer ideas*; tiene que ser coherente y mostrar la razonabilidad, la conveniencia o la hermosura de sus propuestas.
- 3) Los impresionantes avances técnicos y el progreso en las comunicaciones han hecho que la gente esté *mucho más informada*, por lo cual no siempre se la engaña tan fácilmente.

¹⁴ CNBB, Directrices Gerais da Ação Evangelizadora da Igreja no Brasil 2003-2006, São Paulo 2003, n. 66.

- 4) Al mismo tiempo *se valora mucho la igualdad* y se rechaza la pretensión de mantener privilegios y pretensiones de nobleza o de clase. Se percibe mayor *tolerancia* con el diferente y menos expresiones de discriminación, que generalmente es mal vista.
- 5) También hay mayor espacio para poder *manifestarse como uno es*. La convivencia social *es más sincera*, porque las personas en general se han vuelto más *espontáneas*. Hay menos estructuras rígidas y mayor confianza entre la gente para expresar no sólo ideas y preguntas, sino también sentimientos. Al mismo tiempo, la gente tiene muchas más posibilidades de *comunicarse* gracias a los avances tecnológicos.
- 6) La *solidaridad*, aunque no siempre se la ejercite, es vista como un gran valor. La Madre Teresa de Calcuta se ha convertido en un símbolo valorado por su cuidado de los pobres. Por eso, los políticos de todos los sectores, sin excepción, descubren la necesidad de hablar de la situación de los pobres en sus discursos, porque temen ser identificados como defensores de los derechos de los ricos. Además, surgen permanentemente nuevas organizaciones o asociaciones para defender algún derecho relegado o para promover y rescatar algún valor injustamente descuidado. Esto, más allá de los problemas que pueda ocasionar, es innegablemente un importante progreso humano.
- 7) Se ha generalizado más en la población el *aprecio por la paz*, reconociendo también que hay diversas formas de violencia (tanto la de los terroristas fundamentalistas como la de los que pretenden dominar el mundo detrás de una máscara de democracia). Fenómenos como la violencia familiar, el abuso de menores, el maltrato de la mujer, que siempre han existido, hoy salen mucho más a la luz y son públicamente denunciados y reprobados. Hay que decir con claridad que éste es un avance indiscutible si se quiere sostener con coherencia la dignidad sagrada e inviolable de todo ser humano.
- 8) Lo que a veces llamamos frivolidad puede ser en el fondo ganas de vivir, *deseos de disfrutar y experimentar* lo que este mundo ofrece, gratitud por la existencia, y un poco de ilusión que ayuda

a seguir adelante y a no caer en las garras de la tristeza y el desánimo. Es verdad que suele degenerar en un consumismo insatisfecho, pero bien orientada, esta tendencia puede ser un valor. No podemos olvidar que los valores no se dan de forma pura, sino encarnados en un contexto, una circunstancia, un temperamento, una historia personal y una serie de inclinaciones que no siempre dejan manifestar su belleza y que dan lugar a la sospecha, pero eso no significa que esos valores no estén allí, como una semilla positiva.

- 9) Junto con el avance de las drogas y adicciones, cabe reconocer que hay un *mayor respeto hacia la propia vida, un mejor cuidado de la salud* y un trato más delicado consigo mismo. Así se ha debilitado un cierto desprecio hacia el propio cuerpo y un descuido de la salud que caracterizaban sobre todo a gente del campo o de menores condiciones económicas. Mucha gente hoy selecciona mejor lo que come, trata de hacer gimnasia o de caminar, etc.
- 10) El *arte* se reconoce mucho más. Se valora más la tarea de los artesanos, pintores y poetas, que antes eran vistos como seres ociosos, afeminados o extraños. Hay mayor sensibilidad ante las distintas formas de belleza.
- 11) Hay más *deseos de desarrollar los propios talentos*, más preocupación por trabajar en lo que a uno le gusta y donde uno puede aportar algo original. También, en el mundo en que vivimos, aunque muchas veces es cruel, hay mayores exigencias para buscar la *excelencia* y mantenerse al día, lo cual no deja de ser un estímulo para el desarrollo personal.
- 12) Al mismo tiempo, hay un *mayor reconocimiento de los límites* del ser humano y de lo relativo de las propias ideas y elecciones. Se toma conciencia de que la realidad nos supera por todas partes, se reconoce la propia fragilidad y –en la población en general– hay mucha menos ilusión de omnipotencia.
- 13) Crece la conciencia de que *el mundo es un lugar que hay que cuidar* con responsabilidad. Parecía que todos estaban encerrados con sus computadoras, pero en realidad la gente sale a buscar

contacto con la naturaleza y gusta de los programas de TV dedicados a los animales, a la geografía, o a los impresionantes descubrimientos científicos que nos llevan a conocer mejor el cosmos y a nosotros mismos.

- 14) Hay menos prejuicios racionalistas y más *apertura hacia lo religioso*, una mayor búsqueda de experiencias espirituales o una particular nostalgia de la oración. Aunque esto implique notas de individualismo y desprecio hacia las instituciones, ya que la religión es más vivida como una búsqueda personal.
- 15) La globalización ha permitido que ningún lugar del mundo nos resulte extraño o lejano, que tengamos *mayor conciencia de la humanidad entera*, con su amplia diversidad.
- 16) Sin embargo, esto no ha provocado la temida disolución de las riquezas locales. Al contrario, quizás por la posibilidad de una mayor comparación, se está desarrollando una *nueva valoración de las culturas locales y de las tradiciones populares*, que poco tiempo atrás eran vistas por muchos como algo antiguo, atrasado o caduco. Cito extensamente un texto que lo expresa muy bien:

“Hace décadas se difundió en la humanidad un progresismo que programaba enterrar el pasado apostando a la aparición revolucionaria de lo nuevo como solución integral de males humanos. Pero ocurre que hoy el pasado del mundo vuelve en casi todas sus formas, fecunda el presente con su variedad y presenta un paisaje prodigioso: la simultaneidad de lo diverso. Se abren archivos clausurados, ceden prohibiciones bochornosas; minorías regionales despiertan dentro de un contexto nacional dominante; por todas partes brotan ruinas que hacen del pasado prehistórico nuestro contemporáneo. Toman la palabra textos que durante siglos estuvieron mudos, e ideas que antaño brillaron como estrellas. El mismo arte de curar entre mezcla terapias modernas y arcaicas nacidas, éstas, de culturas remotas. ¿Cómo hablar de ‘choque de civilizaciones’? Más bien habría que hablar de ‘integración de civilizaciones’, de simultaneidad de lo diverso, de lo propio y de lo ajeno. Pasa algo en el extremo del mundo y tomamos partido como si ocurriera a

nuestro lado. Se tiende a entrecruzar los géneros: la lógica silvestre de los mitos primitivos se confunde con la razón discursiva; el mundo clásico enlaza con la modernidad; la lección del filósofo occidental, tan autosuficiente, busca nutrirse de la sabiduría de Oriente tanto como de un relato bantú de la África recóndita. Hoy el lector y el contemplador de cultura empiezan a ensayar, por primera vez, la experiencia de ser contemporáneos de todo-tiempo”¹⁵.

Todo lo que mencionamos y otros signos de vida y de esperanza indican innegablemente que, más allá de lo económico, en nuestra época *se ha elevado la calidad de vida* de la población en general, y que las personas viven con mayor dignidad en muchos sentidos.

Esto no pretende ignorar los límites de nuestro tiempo. Hay indudablemente muchos riesgos de individualismo y de relativismo. Pero no hemos pasado del blanco al negro, las épocas pasadas no eran mejores en todo sentido, y hay nuevos puntos de partida que deberían permitir que, con el paso del tiempo, logremos una *nueva síntesis superadora* que cure las debilidades del presente y rescate mejor los valores perennes del pasado. Es verdad que no está todo dicho, y que muchas veces en la historia se ha vuelto atrás después de ciertos excesos. Pero nunca se trata precisamente de una vuelta al pasado, ya que siempre Dios saca bien de los males y de todo se aprende algo nuevo.

Se trata de reconocer el desarrollo actual de nuevos valores, pero uniendo a ello la purificación de sus aspectos negativos y el desarrollo de otros valores que se han oscurecido o rezagado. Así podremos ver nacer naciones mucho mejores que las de los siglos pasados. Estamos en la hora de la integración y de la síntesis o de la desintegración enfermiza y deshumanizante. El discernimiento histórico debería estar atento a estos signos de los tiempos para poder proponer un nuevo proyecto integrador y superador.

¹⁵ V. MASSUH, “Sobre la cultura”, en CEA, *Aportes para la evangelización de la cultura en la Argentina*, Buenos Aires, 2005, 44-45.

- *La cultura de nuestros pueblos*

Nuestros pueblos latinoamericanos tienen una “originalidad histórico-cultural” (DP 446).

- 1) Esto exige también hoy *asumir la espiritualidad popular como punto de partida*: Gracias a la piedad popular, “la transmisión de padres a hijos, de una generación a otra, de las expresiones culturales, conlleva la transmisión de los principios cristianos”¹⁶. De ahí “la importancia de la piedad popular para la vida de fe del pueblo de Dios, para la conservación de la misma fe [...] La piedad popular ha sido un instrumento providencial para la conservación de la fe, allí donde los cristianos se veían privados de atención pastoral”¹⁷. Es verdadera fe católica y un modo de espiritualidad cristiana integradora de lo corpóreo, de lo simbólico y de las necesidades concretas de las personas. También constituye una forma de sabiduría de la que carecen las naciones más secularizadas. Por otra parte, esta espiritualidad del pueblo, o “piedad popular”, es una base “para emprender nuevas iniciativas de evangelización [...] Constituye un valioso e imprescindible *punto de partida* para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más profunda”¹⁸.

El DPa sostiene que “las nuevas iniciativas de evangelización deben partir desde ella porque es la que da el fundamento de su vida a la mayoría de los latinoamericanos” (142). Cuando se habla de “evangelizar” esta espiritualidad popular, no se quiere decir que esté privada de riqueza evangélica, sino que el evangelizador procurará “con una paciencia grande y con prudente tolerancia” aportar un nuevo anuncio del Evangelio que permita explotar mejor las potencialidades de fe, de esperanza y de amor de esa espiritualidad del pueblo, haciéndola más “fecunda”¹⁹.

¹⁶ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia* (cit) 63.

¹⁷ *Ibíd.*, 64.

¹⁸ *Ibíd.*

¹⁹ *Ibíd.*, 66.

Se ha dicho que la inculturación “es un complejo proceso en el cual el Evangelio es pensado, expresado y vivido en una cultura en la cual el cristianismo no ha sido todavía suficientemente encarnado”²⁰. Así entendida, la inculturación es permanente, nunca se acaba, ya que el Evangelio nunca está perfectamente encarnado en un lugar y, por otra parte –sobre todo en la actualidad– las culturas también se modifican constantemente. Es un proceso dinámico donde siempre aparecen nuevos desafíos, que se multiplican en el mundo globalizado. En una cultura ya impregnada por el Evangelio, es la misma cultura la que realiza ese proceso permanente e incorpora a sí –transformándolos– los nuevos elementos. Esto nos permite llegar a la siguiente conclusión: Cuando se procura alentar el crecimiento de una espiritualidad popular, inculturada, en realidad se trata de profundizar y perfeccionar el proceso de inculturación ya iniciado. Es decir, el crecimiento que se procure ha de ser en definitiva *una mayor inculturación del Evangelio en una cultura* (cf SD 24), “en la línea de todos sus valores propios”²¹. Porque la inculturación no es una realidad estática, sino continuada, dinámica y evolutiva.

Las culturas de nuestros pueblos, llenas de signos específicamente católicos, son también culturas vitalistas, que buscan en Dios una vida mejor. Lo dice bien el Documento de Participación diciendo que nuestros pueblos, que “tienen sed de vida y felicidad en Cristo”, la expresan en su permanente lucha por sobrevivir y avanzar, “lo buscan como fuente de vida” (Dpa 164), no sólo como objeto de adoración, sino acogiendo su mismo ofrecimiento: “Yo he venido para que tengan vida, y vida en abundancia” (Jn 10, 10).

Puebla destacaba que la piedad popular, como algo vivo, se expresa “espontáneamente en modos nuevos, enriqueciéndose con nuevos valores madurados en su propio seno” (DP 466), porque “en cuanto contiene encarnada la Palabra de Dios es una forma

²⁰ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Die Einheit des Glaubens und der theologische Pluralismus*, Einsiedeln 1973, 180.

²¹ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Fe e inculturación* (1988), I, 11. Publicado en *La Civiltà Cattolica* 140 (1989) 158-177.

activa con la cual el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo” (DP 450). Esto nos invita a recordar que todos los fieles no son sólo destinatarios, sino sujetos activos de la evangelización. En este sentido, “nuestros pueblos” son también agentes, con las formas populares de transmisión de la fe de las que no podemos prescindir.

- 2) *Situación de riesgo*: Pero también decía el Documento de Puebla que la fe popular está en una “situación de urgencia” (DP 460) y que los grandes cambios culturales someten la religión del pueblo “a una crisis decisiva”. Juan Pablo II habló de “cristianos en riesgo” (NMI 34). El DPa afirma que “desde muchos ángulos de la sociedad globalizada –yo destacaría los medios de comunicación que crean desconfianza hacia la Iglesia y los valores que propone– surgen amenazas erosivas de ese sustrato, lo que debilita la presencia evangelizadora de la Iglesia y carcome algo medular del patrimonio espiritual y moral en América Latina y el Caribe” (DPa 141). Destaca que “descendió fuertemente en los últimos diez años el número de católicos” (DPa 155), muchos pasándose a otras comunidades o sectas (DPa 157). Al mismo tiempo, entre los que se reconocen católicos, se debilita la proporción de los que reciben el bautismo, el matrimonio y otros sacramentos (DPa 156). Este proceso no se revertirá espontáneamente sin una nueva fuerza evangelizadora acorde a las circunstancias.

En otra época decíamos que esta fe popular tiene formas de autodefensa, que es capaz de producir, por su propio dinamismo creyente, nuevas síntesis culturales sin perder el fermento evangélico. Pero hoy no podemos ignorar los avances de las sectas y el influjo omnipresente de los medios de comunicación en la sensibilidad y en la opinión pública. Dios no abandona a su pueblo, pero hay una mediación requerida donde nosotros tenemos responsabilidades que se vuelven graves. Puebla se refería a la necesidad de favorecer las expresiones masivas (DP 467), de asumir las nuevas inquietudes religiosas (DP 468) y de catequizarlas (DP 461), y sostenía que si no se obraba de esa manera, se crearía un vacío que ocuparían las sectas, los mesianismos políticos secularizados o el consumismo y el pansexualismo pagano (DP 469). Hoy agregaríamos: las formas de religiosidad, alienantes, irracionales y sin compromiso histórico.

- *Signos de muerte y enfermedad en nuestros pueblos*

En nuestros pueblos hay también signos de muerte que se acen-
túan a causa de los aspectos negativos del proceso de globalización tal
como se ha realizado de hecho. La evangelización que dialoga con la
cultura no implica acallar esos signos de muerte sino descubrirlos y
denunciarlos:

- 1) *Escasa formación ciudadana:* Se plantea un desafío grande por
cuanto la fe de nuestros pueblos “no se ha expresado suficiente-
mente en la organización de nuestras sociedades y estados” (DP
452) y no se ha traducido en una formación ciudadana para la
responsabilidad, el cumplimiento de la ley y el cuidado de lo
público.
- 2) *Injusticia e inequidad:* La impregnación de las culturas ha sido
real pero incompleta. El DPa lo expresa preguntando: “¿por qué
la verdad de nuestra fe y de nuestra caridad no han tenido la
debida incidencia social?” (DPa 119) y afirmando que “la opción
preferencial por los pobres aún no da frutos que permitan mirar
al futuro como un tiempo de fraternidad y de paz” (DPa 126).
Nadie niega que la distribución de la riqueza es cada vez peor,
sobre todo en América Latina. Esto produce la dolorosa paradoja
de ser la región más católica del planeta y al mismo tiempo la
más desigual. La pobreza crítica y la exclusión que sufre al menos
la mitad de la población de nuestros países no son meros núme-
ros estadísticos. Esa mayoría de pobres da un rostro peculiar a la
Iglesia en América Latina. A esas personas somos enviados, ellos
son nuestras ovejas, nuestros hijos. Ante ellos estamos llamados a
decir con San Pablo:

“¡Celoso estoy de ustedes con celos de Dios!” (2 Co 11, 2).

“¿Quién desfallece sin que desfallezca yo?” (2 Co 11, 29).

*“Muy gustosamente gastaré todo y me desgastaré entero por
ustedes” (2 Co 12, 15).*

Como evangelizadores experimentamos el desafío apremiante de
que la fe católica que caracteriza a los pueblos latinoamericanos
se manifieste en una vida más digna para todos. Mirando esa mul-

titud, ya no podemos concebir una oferta de vida en Cristo que no promueva integralmente, que no implique un dinamismo de liberación social que manifieste la fuerza y el potencial humanizador de esa vida. El desafío es lograr que nuestros fieles pobres puedan dar testimonio de que la Iglesia y el Evangelio de Cristo los han promovido integralmente, de que Cristo da vida y es salvador en todos los sentidos. Para ellos nosotros somos una mediación de la cual él mismo ha querido depender.

- 3) *Situaciones que exigen denuncia profética*: Hay, junto con la inequidad, otros signos de muerte presentes en Latinoamérica, que exigirían ya no tanto un diálogo, sino sobre todo una denuncia profética, arriesgada y audaz: la discriminación, la precariedad laboral y la desocupación, el narcotráfico, las diversas formas de violencia, etc. El DPa lo expresa bien al decir que “es necesario que el corazón compasivo y la caridad imaginativa del discípulo hagan suyos los gozos y las esperanzas, pero también las inmensas tristezas y angustias de millones de hombres y mujeres de nuestros pueblos, afectados por injusticias y marginaciones en sus propias sociedades” (DPa 85).
 - 4) *Falta de inculturación de la solidaridad*: Pero hay que aclarar una vez más que el desafío no es lograr algunos gestos solidarios, sino una solidaridad que impregne la cultura como una red que pueda contrarrestar eficazmente la otra estructura de la exclusión. La globalización, tan útil a las empresas multinacionales, lo exige todavía más. Juan Pablo II decía que ante la interdependencia propia de esta época globalizada “su correspondiente respuesta, como actitud social y como virtud, es la solidaridad” (SRS 38).
 - 5) Hay también otros signos de muerte que requerirían variadas estrategias evangelizadoras, como la globalización de antivalores con amplia difusión mediática, la relativización del matrimonio, el relativismo ético en general, variadas formas de individualismo consumista, el uso de los medios para desprestigiar la voz de la Iglesia, etc.
- *Los nuevos métodos y la nueva expresión que requiere esta situación*

Cerrando esta segunda parte, recordaría que la nueva evangelización debe ser nueva en sus métodos, en su ardor y en su expresión. El documento o la propuesta de la V Conferencia debe ser así: debe parecer algo nuevo, algo que necesitábamos escuchar, algo que sorprende y estimula. Si no empezamos por este documento a proponer una evangelización “nueva” en su lenguaje, posiblemente fracasemos. Por lo tanto no debe ser más de lo mismo.

- 1) *El lenguaje nuevo que no aparece:* Hace falta un lenguaje accesible, atractivo, que responda a las inquietudes de la gente. Ya no da resultado usar un lenguaje autoritario o predominantemente negativo, un lenguaje que da la impresión de estar siempre señalando defectos, como maestros que todo lo saben o como quienes se dedican a mutilar la felicidad de la gente. Aunque no sea esa nuestra intención a veces hemos dado esa imagen. Tampoco llega a la gente un lenguaje abstracto que repite cosas ya sabidas, o que acumula doctrina como si hubiera que volver a decirlo todo. Eso hoy en día, cuando los documentos interesan poco, está destinado al fracaso.

No hace falta entonces una multitud de temas sin articulación, sin un eje claro y motivador. No hace falta un manual completo de teología, tampoco de pastoral. No cabe ya la pretensión de que no falte nada y volver a repetir siempre lo mismo. Ya hay mucho de eso. Sería mejor que Aparecida propusiera un breve texto con dos o tres propuestas bien acentuadas, motivadas, que movilicen con fuerza una fervorosa actividad misionera, en conexión clara con los grandes desafíos de fondo y sin desligarse de las legítimas aspiraciones de los pueblos y de las búsquedas existenciales de las personas.

- 2) *Acoger el lenguaje latinoamericano:* En esta línea, habría que recoger la belleza de los escritores y poetas más populares. También expresiones de las canciones más gustadas por la gente. Si el Papa recoge las interpelaciones de Nietzsche y dialoga con él (DCE 3), ¿por qué nuestros obispos no podrán dialogar con los artistas de América Latina? También habría que acoger los aportes de pensadores latinoamericanos y particularmente expresiones de teólogos y de grandes pastores de nuestros pueblos, y no necesariamente depender de pensadores europeos.

*** Sintetizo los grandes desafíos que se nos presentan desde el punto de vista de los destinatarios de la siguiente manera: *Denunciar proféticamente los riesgos y desviaciones de la cultura actual pero partiendo de las legítimas aspiraciones y valores de nuestros pueblos y mostrando adecuadamente, con un lenguaje atractivo y adaptado, cómo el Evangelio responde mejor que otras propuestas a lo más precioso de esas aspiraciones.*

3. “TENGAN VIDA EN CRISTO”

Si realmente partimos de las aspiraciones legítimas de nuestros pueblos, de las semillas de vida que el Espíritu siembra por todas partes, y especialmente en los bautizados, muchos de ellos orantes a su modo, entonces tenemos que precisar que no pretendemos llevar vida allí donde sólo reina la muerte, sino que queremos llevar más y mejor vida a nuestros pueblos. El desafío es entonces despertar en los agentes pastorales la pasión por hacer *crecer* y madurar la vida que late en medio de nuestros pueblos. En este sentido, podemos proponernos *llevar a su plenitud* el encuentro con Jesucristo que de diversas maneras viven nuestros pueblos. Se trata de enfrentar los signos de muerte, pero también, positivamente, de *hacer crecer la vida* allí donde ya está latiendo de diversas maneras.

a) Unir mejor lo natural y lo sobrenatural en nuestra propuesta

El DPa parte del anhelo de vida de la gente, y dice que “como cristianos no queremos separar los anhelos que brotan de nuestra naturaleza humana de la luz de la fe” (DPa 5). No obstante, esta unión de las dos cosas muchas veces se presenta de tal manera que a muchos les suena como una absorción. Se percibe como si todos los anhelos de felicidad de las personas fueran perdiendo sus expresiones mundanas para alcanzar su verdadera realización sólo en la oración o en el culto. En este caso se presenta el encuentro con Dios como respondiendo a los anhelos humanos, pero en definitiva eliminándolos en su forma propia. De este modo la propuesta parecería ser una especie de ideal monástico mal entendido, donde ya ni siquiera cabría agradecer a Dios la comida, el encuentro con la naturaleza, las relaciones huma-

nas, el gozo de trabajar, progresar y ser fecundos, etc. En este caso, con la buena intención de reaccionar contra el consumismo hedonista, caeríamos en ciertas propuestas protestantes puritanas muy cercanas al jansenismo.

“Vida en Cristo” tiene que ver con la dignidad humana que se expresa en la comida, en un techo, en una compañía fraterna, porque es la vida de aquel que nos dice: “Tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber” (Mt 25, 35). La vida en Cristo habita en ese imperioso llamado que él mismo dirige a los creyentes cuando se sitúan ante una multitud necesitada: “Denles ustedes mismos de comer” (Mt 14, 16). Aquí hay un signo de vida para los mismos agentes pastorales, porque la Revelación nos enseña que “sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos” (1 Jn 3, 14).

Es también la vida del que confía sólo en Dios, pero que viviendo de Dios descubre que es el Padre que también ama nuestra felicidad, el disfrute terreno, porque dice la Biblia que él “nos provee espléndidamente de todo *para que lo disfrutemos*” (1 Tim 6, 17). Allí también está la voluntad de Dios.

Por eso, situándonos ante este ofrecimiento de vida *integral* que la Revelación nos presenta, tenemos que reafirmar que creemos en la vida que nunca se acaba y que se hace plena sólo después de la muerte, pero que también creemos en la vida antes de la muerte. En esta línea no podemos dejar de advertir cómo el Papa rescata la necesidad del amor erótico, del placer, del deseo y la atracción sensible, junto con el amor oblativo espiritual. Lo hace hasta el punto de afirmar que si se rechazara o se excluyera al *eros*, “espíritu y cuerpo perderían su dignidad” (DCE 7) y “la esencia del cristianismo quedaría *desvinculada de las relaciones vitales fundamentales de la existencia humana*” (DCE 7).

Por lo tanto, cuando hablamos de vida “en Cristo” no pretendemos desvincular la relación personal con él de esas “relaciones vitales fundamentales”, del *eros*, de los deseos naturales y de las inclinaciones sensibles, de las aspiraciones y búsquedas terrenales. El desafío está, más bien, en unir íntimamente las dos cosas.

Este planteo integral sobre la vida que Cristo quiere ofrecer a través de su Iglesia es clave para evitar un sobrenaturalismo desencarnado, que entiende la gracia o la relación personal con Jesucristo al margen o en contra de la vida terrena y social con todas sus necesidades, deseos y aspiraciones. Más bien pensamos que la vida sobrenatural ilumina, purifica, perfecciona, asume y así potencia todo lo demás. Vida “en él” debe ser entendida entonces de un modo no dialéctico ni dualista, para que aparezca como verdadera respuesta a las preguntas que ya están presentes en los corazones. Cuando nos convertimos en jueces implacables, expertos en diagnósticos negativos, los demás nos miran como seres extraños, enemigos de la vida y de sus legítimas inclinaciones. En cambio, acogiendo y reorientando todo eso con un lenguaje positivo, permitimos que los gozos y los deseos legítimos sean vividos en presencia de Dios, que no se separen de la relación con él, y que se haga posible una auténtica acción de gracias.

Hay un párrafo valioso del DPa que aparece como más integrador, partiendo de una imagen de un Dios feliz y comunitario que es fuente de felicidad integral para el ser humano: “Como cristianos pensamos en el único Dios que se ha revelado como una comunión de tres personas felices que se comunican y se donan mutuamente, y cuyas obras son siempre obras de amor, que buscan el bien integral de cada ser humano” (DPa 3).

b) Un ejemplo clásico

En la educación de las pasiones, por ejemplo, es indispensable mostrar que esa educación no mutila sino que promueve la vida. Porque una pasión reconocida, orientada y educada puede perder así *un modo* de intensidad, pero al mismo tiempo adquiere *otra forma de intensidad* más bella y agradable todavía. No es una intensidad puramente espiritual, sino íntegramente humana. Porque de hecho, por ejemplo, una persona que come precipitadamente, devorando como un animal, puede vivir con mucha intensidad el momento de la comida, pero en esa incapacidad de detenerse delicadamente en el acto de comer se priva de muchos otros placeres que podría otorgarle ese mismo momento. Por eso una persona auténticamente sobria -no un insensible ni un amargado- no disfruta menos, sino que aprecia mucho mejor las delicadezas, los matices y los goces variados del acto de comer o de

beber; su capacidad de gozar se dilata, se enriquece, se *amplifica*. Así, gracias a la educación de las pasiones, el animal que hay en nosotros “recibe una inyección de vitalidad y de nobleza”²². Este es el más sano humanismo católico, desdibujado a causa del antihumanismo jansenista que provocó como reacción opuesta un desarrollo del placer desligado de la fe, desbocado e irracional.

c) Renovar la opción por la vida de los pobres

La mayoría de América Latina está constituida por pobres. Los agentes pastorales frecuentemente estamos en contacto con los sectores de clase media y olvidamos esta realidad o no la apreciamos en toda su dimensión. Las estructuras eclesiales no han sido capaces de incorporar a esa mayoría de pobres. Por eso, cuando hablamos de “vida” para nuestros pueblos, corremos el riesgo de ignorar los dolores de parto o las angustias de muerte de la mayoría de nuestra gente. En este sentido, no podemos dejar de renovar con firme contundencia la opción *preferencial* por los más pobres. Lejos de otros tiempos de fuerte ideologización, hoy tenemos la posibilidad de pensar y de actuar adecuadamente “desde” los pobres y para ellos. La debilidad consumista posmoderna puede llevarnos a considerar esta cuestión como un asunto perimido del pasado, olvidando que se trata de una situación bien presente, clavada en las entrañas dolorosas de América Latina. Quienes la sufren en carne propia -cientos de millones de hijos de la Iglesia- no sentirían como “padres y pastores” a quienes pretendan pensar y construir la Iglesia como si ese dolor fuera sólo algo más entre tantas otras preocupaciones.

d) Alentar la cooperación comunitaria para modificar las estructuras sociales

Para que la propuesta de vida integral que hace la Iglesia sea eficazmente transformadora, hacen falta mediaciones. Por eso, un desafío siempre nuevo es mostrar cómo la vida de Cristo puede transformar las estructuras sociales. Para que Jesucristo pueda comunicar a nuestros pueblos esa vida integral, hay que reafirmar que es indispen-

²² A. PLÉ, *Vida afectiva y castidad*, Barcelona 1966, 83.

sable un sujeto comunitario que coopere con su iniciativa, una mediación comunitaria que pueda deshacer las redes de la corrupción, de la indiferencia, de la injusticia y de la muerte. Solos o separados no podemos esperar grandes cambios sociales, porque no estamos ofreciendo a Jesucristo la mediación comunitaria que se requiere para la transformación social.

e) Entregar adecuadamente la “plenitud” de vida en el amor que Cristo ofrece

Hechas estas aclaraciones tenemos que decir que todo está orientado a la relación personal con Cristo. El éxodo liberador está inspirado en la respuesta religiosa a un llamado de Dios: “He escuchado el clamor de mi pueblo...Ve, yo te envío” (Ex 3, 9-10) que culmina en una alianza religiosa. El sentido último de la dignidad humana sólo se percibe en el llamado que Dios nos hace a vivir en su amistad. El punto de partida es ciertamente el amor de Dios, dirigido a cada uno, llamándolo a la vida, a la felicidad, a la comunión y al servicio. Mucha gente no se valora, no se siente amada, y necesita el anuncio del amor del Señor que les ofrece vida. Es una oferta de vida que sólo se hace plena en la relación salvífica con él, porque todo lo demás es parcial o provisorio. Él es definitivo y sólo él es plenitud.

Además, es vida en él, en Jesucristo, que no es una fuente impersonal de energía o un mero modelo de compromiso social. Es vida que se alcanza en una relación personalísima cuando un ser humano llega a reconocer y valorar que él “camina conmigo, respira conmigo, vive conmigo”. Por eso nuestra mejor propuesta es el encuentro personal con Cristo vivo que nos manifiesta el amor del Padre por cada ser humano. No es sólo vida para después de la muerte, sino para este camino histórico, donde Cristo nos ofrece su presencia, su gracia, su testimonio y su propuesta espiritual y ética.

310

f) Proponer una misión para hacer crecer la vida

Vida también es *crecimiento* y es proceso. Hace falta entonces un proceso educativo para que nuestros pueblos alcancen la plenitud de la vida. Aquí rescatamos un criterio encarnatorio que implica dos aspectos: Por una parte la adaptación, la encarnación, la atención al

sujeto y el respeto de los ritmos de las personas. Pero también la propuesta, el ofrecimiento de más y mejor vida, la purificación, la crítica, la actitud profética. Esto hace posible el surgimiento de nuevas síntesis culturales impregnadas por el Evangelio, como proponía Juan Pablo II (FC 9).

*** Sintetizo los grandes desafíos que se nos presentan desde el punto de vista del contenido -ofrecimiento de vida- de la siguiente manera: *Mostrar cómo la amistad con Jesucristo responde a las necesidades más hondas del corazón humano, al mismo tiempo que acompaña y alienta nuestros deseos de vida promoviendo nuestra realización integral.*